

La Odisea Final

Por Luis F. Brizuela Cruz



Lo esencial de la vida fenecida

- la trémula esperanza,

el milagro implacable del dolor

y el asombro del goce - siempre perdurará.

-Jorge Luis Borges-

Hace unos meses la matriarca de una familia guajira cubana de Las Villas—y triunfadora como tantas otras familias en el destierro- falleció en New Jersey. Había vivido por años con su esposo en la zona de Orlando, Florida pero, para poder cuidar mejor de ella en sus días finales, sus hijos y nietos decidieron traerla y a su inseparable compañero para New Jersey. Los médicos en Orlando habían recomendado que su viaje fuera por carretera, ya que el viaje por avión podía poner en riesgo su vida.

Un vehículo recreacional, eficientemente adaptado para el transporte de enfermos delicados, fue adquirido por los familiares para hacer el forzosamente lento recorrido de casi 30 horas de Orlando a New Jersey y la jornada inicial de una vida que se apagaba quedaba satisfactoriamente cumplimentada dentro de todas las complejas peripecias del vil y despiadado capitalismo. Tres semanas después la anciana falleció en el Estado Jardín, rodeada de la gran mayoría de sus familiares, mientras otros aguardaban por ella en su pueblo natal en Cuba. Había sido su deseo postrero ser enterrada en el campo donde había nacido 90 años atrás, cuando la muerte y la sepultura en Cuba para muchos como en su familia eran actos humildes, pero dignificados. La Odisea Final habría de comenzar en la tierra que el tiempo olvidó.

El cadáver fue adecuadamente preservado por la funeraria en New Jersey, en espera de los trámites de rigor entre las instituciones correspondientes. Días después fue transportado a Cuba por avión, donde surgieron las primeras dificultades con el transporte local y la escasez de combustible. El hijo mayor había comenzado por cambiar mil dólares por los reglamentarios pesos cubanos, pero el banco había tenido que darle la mayoría de los 300 mil CUPs en billetes de 200 y 100, por la carencia de denominaciones de 1,000 y muy pocas de 500. Armado de una mochila llena de pesos cubanos, el hijo de la difunta salió en busca de dueños de carros que estuvieran dispuestos a venderle algunos litros de gasolina para tratar de socorrer a la funeraria en Cuba con la transportación del cadáver hasta el sitio de la sepultura. Mientras esto ocurría, los encargados

de la funeraria advertían que no sería posible refrigerar por mucho tiempo a la difunta debido a las interrupciones en la electricidad por los frecuentes apagones. Afortunadamente el cuerpo había sido profesionalmente embalsamado en New Jersey para durar varios días, anticipando la carencia de formol y otros elementos de preservación en las funerarias cubanas. Dos días después de la llegada del cuerpo, se le daba finalmente santo descanso en el cementerio del pueblo.

Mientras escuchaba el relato de los familiares de la difunta, me transportaba en el tiempo a la década de los 1960 en nuestro Sancti Spiritus, cuando los servicios fúnebres –ya gratuitos por decreto del régimen revolucionario- todavía exhibían ciertos vestigios del pasado abundante y las funerarias Camacho y Ruiz de nuestra ciudad aun ofrecían adecuados embalsamamientos, velorios y hasta cremaciones. Todavía en 1970, recuerdo que los muertos en un accidente de una guagua que se precipitó por un barranco cerca de un puente en la carretera de Banao fueron debidamente preparados y tendidos dos días después en la Funeraria Camacho y velados por 24 horas antes de ser enterrados.

Sin embargo, al igual que todas las abominaciones del Castrocomunismo, los recursos heredados de nuestro pasado capitalista fueron mermando en todas las industrias. Hasta el formol llegó a ser parte en la confección de la “warfarina”, la bebida alcohólica que reemplazaba la cerveza, los licores y vinos clásicos de antaño, y en un abrir y cerrar de ojos se empezaba a hacer difícil la apropiada

conservación de los cadáveres. A partir de entonces cada década dejaría una nueva reducción en el inventario hasta de lo más esencial en la isla cautiva. El taller cerca del Parquecito de Jesús, donde se hacían los ataúdes para las funerarias espirituanas sufriría también eventualmente la escasez de los materiales más esenciales para mantener el ritmo frente a una necesidad tan esencial.

Hasta los cementerios se fueron gradualmente saturando, particularmente en las ciudades más grandes como Sancti Spíritus y la ausencia de reabastecimiento y satisfacción de las demandas infraestructurales en una creciente población fueron acercando a la misma hacia el caos espeluznante donde se malvive en la actualidad.

Durante la madrugada del pasado 20 de diciembre falleció de repente en Sancti Spíritus mi primo Oscar Luis, unos años menor que yo y eje fundamental e incorruptible en la distribución de nuestras remesas para familiares y amigos. Padecía del corazón y determinaron que fue un infarto masivo. Primos mutuos y médicos en España y en Tampa coincidieron que este triste y abrupto desenlace pudo haberse evitado o postergado con un simple procedimiento de estent. Pero lo que resulta algo ya relativamente convencional en la medicina para gran parte del planeta, puede constituir un reto insuperable para los capacitados, pero desprovistos galenos de la isla. Esa misma tarde fue preciso darle sepultura al primo debido a la imposibilidad de

poder preservar su cadáver, algo ya normal en la realidad de morir en Cuba.

El primo habría de recibir un merecido reconocimiento y guardia de honor donde se exhibieron las medallas que obtuviera por sus servicios militares rendidos a la patria. La ceremonia fúnebre estuvo muy concurrida, si tomamos en consideración el corto tiempo para informar a familiares, amigos y conocidos. Las fotos del empobrecido velorio que me envió un amigo provocaron en mí una desconcertante mezcla de orgullo familiar y de enorme aflicción por todo lo perdido en los 65 años de estafa y opresión.

Creo que tanto la matriarca de la familia cuyo cadáver fue trasladado de los Estados Unidos a Cuba como mi primo, héroe de la patria ultrajada, se merecían veladas más elegantes y decorosas. Cada cual en su género.